

Universidad Nacional de Rosario

Facultad de Psicología

Trabajo Integrador Final



Autismos: vicisitudes subjetivas. Una perspectiva psicoanalítica

Modalidad de presentación: Ensayo

Autora: Ciutto, Melanie Aylén

Legajo: C-5552/2

Docente responsable: Fernández Miranda, Jaime

Año: 2020

Agradecimientos:

A Jaime Fernández Miranda, Diana Wolkowicz, Sebastián Roma; a todos los docentes que me acompañaron todos estos años en este camino; a la Universidad Nacional de Rosario, y principalmente, a la Facultad de Psicología, por hacerlo posible.

Índice

1

Agradecimientos.....1
Índice.....1

| | |
|--|----|
| Resumen y Palabras claves..... | 2 |
| Introducción..... | 5 |
| Desarrollo..... | 6 |
| Autismo: un campo de batallas..... | 6 |
| La constitución del yo, y el cuerpo, en sujetos con predominancia autística..... | 8 |
| Hablar: un acontecimiento del cuerpo..... | 10 |
| Los objetos autistas: las invenciones singulares..... | 13 |
| Reflexiones..... | 14 |
| Referencias bibliográficas..... | 16 |

Resumen

El presente escrito tiene como objetivo general el acercamiento al campo indómito de lo que se denomina autismo y a los sujetos que lo padecen, sujetos con predominancia

autística.

La problemática se aborda desde un enfoque psicoanalítico, que permite pensar el autismo como funcionamiento subjetivo, un modo de ser y estar en el mundo, y que responde a las contingencias de la constitución de cada sujeto en los tiempos primordiales.

Siguiendo esta línea se presenta la siguiente hipótesis ¿Se puede hablar de *un* autismo? desarrollada en el despliegue del escrito para arribar a la conclusión de que hay tantos autismos como sujetos que lo padecen en el mundo. No se niega la existencia del diagnóstico como tal, sino más bien se intenta ir más allá para abordar lo que se esconde en los pliegues de la generalidad que propone el diagnóstico. Se ponen en cuestión los tratamientos que de allí se desprenden para enfatizar la importancia de lo singular.

Se aborda la conformación del yo, del cuerpo, y el habla para dar cuenta de las particularidades que adquieren en el padecimiento, sumado a las invenciones que se prestan dichos sujetos y los objetos de los cuales se sirven en pos de remediar los hiatos producidos en los tiempos primordiales. Entendiendo que desde que se nace se está sujeto a la presencia de un otro, ya sea como modelo, adversario o auxiliar, (Freud, 1921) se trae a colación las consecuencias psíquicas que ello conlleva cuando dicho encuentro con otro es fallido.

Palabras claves

Psicoanálisis - Autismo - Diagnóstico- Constitución subjetiva

El presente trabajo, desplegado en modalidad de ensayo, se propone como un intento de aproximación a los avatares de la constitución subjetiva de sujetos con predominancia autística. En calidad de objetivo general se intenta trazar los bocetos de un mapa que habilite un acercamiento posible a aquel territorio por fortuna indómito, y muchas veces desconocido, de lo que se llama autismo, en pos de enfatizar la singularidad de cada sujeto agrupado bajo este diagnóstico.

Se utilizará la terminología “sujetos” o “niños” incluyendo dentro de la misma a todos los géneros. Cabe aclarar aquí también la elección de la expresión “predominancia autística”, la cual resulta pertinente ya que responde a la postura de quien escribe, Ciutto Melanie, quien sostiene que el término “predominancia”, el cual hace alusión a una condición, permite la apertura del diagnóstico, en tanto habilita pensar al sujeto sin definirlo por su padecimiento.

Siguiendo esta línea se problematiza sobre el diagnóstico como una entidad ontológica y acabada que encierra al sujeto, en defensa de la singularidad y subjetividad inherente a cada uno de ellos.

El término autismo aparece por primera vez con Eugen Beluer (1991) en su escrito monográfico “*Dementia praecox oder Gruppe der Schizophrenien*” y desde allí hasta los días que corren, innumerables disciplinas han investigado y hecho aportes al respecto, transformándose el diagnóstico en un foco de debate, en el cual suscitaban diversas hipótesis. ¿Causa genética, epigenética, psicológica? ¿Anomalías del cerebro? ¿Fallas del sistema inmunitario? ¿Trastorno del desarrollo? ¿La relación con la madre? ¿Reacción a vacuna? (Laurent, 2013) y un sin fin de respuestas que delimitan sus causas, su origen, y, por supuesto, las soluciones, el tratamiento, y el camino a seguir.

El autismo, como entidad nosológica, se presenta hoy en día como un campo clínico cada vez más intrincado, un diagnóstico muy difundido y que penetra cada vez más en distintos ámbitos e instituciones. Desde el siguiente escrito, y en el intento de aproximarse a él, se aborda la problemática desde una perspectiva psicoanalítica, la cual permite interrogar, descifrar, analizar las múltiples aristas que propone el concepto, generar preguntas más que ofrecer respuestas. Permite, sobre todo, priorizar la escucha del sujeto y evitar así, en la medida de lo posible, caer en las generalizaciones, en prácticas pedagógicas correctivas, más próximas a demás corrientes y campos, en donde lo singular se diluye en lo general.

Se defiende la idea de pensar al autismo como un modo subjetivo de *ser y estar* en el mundo, un padecimiento singular, lo cual posibilita no perder de vista que el diagnóstico siempre se da en el marco de la subjetividad de cada sujeto.

Para el recorrido se toman las teorizaciones de autores afín que permiten pensar, problematizar, y darle un marco epistemológico a la postura de quien escribe, como así también dar cuenta de una lectura y posterior escritura, que si bien es una construcción propia, no es sin otros.

Siguiendo la propuesta del psicoanalista francés, Jean Claude Maleval (2011), quien invita a escuchar a los autistas, se traen aquí las palabras de Donna Williams como testimonio para transitar el camino que parte de *Nadie en ningún lugar* (2015) con miras a posibles encuentros con el otro que nos permita pensar que es posible, no sin un arduo trabajo que respete la singularidad, que pueda situarse *Alguien en algún lugar* (2012). Ambos títulos de dos de sus obras autobiográficas donde la escritora australiana nos regala su historia.

“*Nadie en ningún lugar*” (2015) hace referencia al sentimiento que predomina durante varios años de su infancia en Donna. Una soledad desgarradora, un yo que no logra emerger, y una infancia rodeada de personajes que le posibilitan, en ocasiones, sostener una vida social. ¿*Quién soy yo?* es la pregunta que atraviesa esta obra, y ¿*qué lugar hay para ello?*: ninguno. Sostiene aquí.

“Alguien en algún lugar” (2012) da cuenta del resultado de un recorrido, de tratamientos, y de yerros, que le permiten a la autora la emergencia de un yo, de una Donna, y de un lugar posible, habitable para ese yo.

Esta transición no se puede pensar si no es desde la defensa de lo singular, de lo que cada sujeto puede hacer con aquello que le pasa; si no es desde una lectura que incluya al sujeto dentro de su padecimiento, con su historia, sus batallas y las contingencias que de allí se desprenden. ¿Quién más, sino los sujetos concernidos, podrían transmitir, enseñar, sobre aquello que padecen? ¿Se puede pensar, desde el psicoanálisis, *el* autismo? Este último interrogante aparece en calidad de hipótesis, de idea directriz, que atraviesa el despliegue del siguiente escrito.

Para el recorrido planteado, se parte de las operatorias subjetivantes que se darían en los tiempos primordiales y que pueden dar lugar, o no, al bosquejo de un Yo, por ende, al bosquejo de un cuerpo, y las particularidades que esta conformación puede tomar. Dichas operatorias son fundamentales a la hora de pensar el encuentro con un Otro, y con otros, que, se sostiene, habilitará un espacio para que pueda ubicarse *alguien en algún lugar*.

La referencia Otro, con mayúscula, presente en el despliegue del ensayo, a diferencia de otro, con minúscula, responde a las teorizaciones establecidas por Lacan, quien refiere al Otro como una alteridad radical (Evans, 1996).

Se afirma, tal como propone Jacques Lacan a lo largo de su enseñanza, que el sujeto como tal es efecto del lenguaje, por lo tanto se aborda el interrogante acerca del “decir” en los autismos, entendiendo que hablar implica un goce de esa lengua que se desprende para ser donado a otro. En este punto se presenta como ineludible en su dimensión constitutiva, subjetivante, un Otro disponible; disponible en su mirar, en su escucha, que aloje en su historia al niño, para poder pensar, a partir de allí, los posibles encuentros y desencuentros con el otro y las relaciones que pueden establecerse.

A los fines de abordar cómo el sujeto con predominancia autística responde frente a las vicisitudes de la constitución subjetiva que se da en los primeros momentos de vida se toma el concepto de Frances Tustin (1989) de “objetos autistas”, entendiendo que es de ellos que se sirve el sujeto para suplir ciertas faltas o fallas, es a partir de ellos como el sujeto se relaciona con el mundo, en el intento de contener un cuerpo que se experimenta como desbordado, un cuerpo que, si bien lo representa para otro, no lo contiene (Jerusalinsky, 2010). ¿Se puede pensar un tratamiento que deje por fuera dichos objetos? En el momento que se excluye al objeto ¿no se excluye con él una parte del sujeto?

Siguiendo esta línea se les da un lugar a las invenciones de las cuales se arman los sujetos con predominancia autística en el intento de sostener lo que puede resultarles insostenible: la relación, tanto con otros como con el mundo.

El despliegue de lo nombrado párrafos anteriores permite acercarse a una respuesta a la hipótesis planteada, y reivindicar que, donde muchas veces se sentencia no más que “un autismo”, hay alguien que, con su voz, con su cuerpo, en su idioma corporal, dice algo. Se destacarán en este punto lo invalidante que pueden resultar las clasificaciones tajantes sobre quien responde a la norma y quien no; los parámetros sociales de normalidad pueden resultar exclusivos y expulsivos, y ello no es sin consecuencias subjetivas. El enfoque desde el cual se escribe procura correrse de los discursos moralistas y moralizantes, entendiéndose que “(...)desde esos márgenes, sólo desde allí, se ve y se oye lo que siempre se nos escapa, lo que solemos ignorar”. (Williams, 2015, p.4).

Desarrollo

Autismo: un campo de batallas

Esta es una historia de dos batallas: la batalla por dejar al <<mundo>> fuera y la del tratar de unirme a él. Narra las guerras en el interior del <<mi propio mundo>> y los frentes de batalla, las tácticas empleadas y las víctimas de mi guerra personal contra otros.

Este es mi intento de firmar una tregua bajo condiciones establecidas en mis propios términos. A lo largo de mi batalla íntima he sido una ella, una tú, una Donna, una mi y finalmente un yo(...)

Si usted siente esa distancia, no se equivoque: es real. Bienvenido a mi mundo (Williams, 2015, p.13).

En el intento de dar respuesta a la incógnita ¿Qué es el autismo? se ofrecieron, durante muchos años, diferentes teorías, provenientes de diversas disciplinas, acerca del origen y la causalidad del autismo, convirtiéndose así la naturaleza de éste en un foco de debate. La mayoría de dichas teorías se presentan como acabadas, y definen líneas de tratamiento que responden a la convicción de que todos los sujetos agrupados bajo el nombrado diagnóstico responden a la misma situación.

Por su parte, el presente escrito no pretende dar una respuesta, sino más bien intenta sostener y ampliar el interrogante. Es por ello que se opta por un abordaje psicoanalítico, entendiendo que el mismo complejiza la cuestión, permite afrontar la angustia que acompaña a la incertidumbre de no saber, frente a los modelos únicos que se imponen con vehemencia. Modelos que proponen el problema y la solución, lo cual genera tranquilidad y un alivio, que puede decirse resulta efímero, en quienes necesitan una respuesta urgente.

(...)de lo que se trata en este caso es de una batalla por definir acoger el trastorno de la relación con el Otro que se impone en el autismo, diferente en cada sujeto, aunque haya homologías de estructura. Entonces ¿Se precisa de una misma respuesta para todos o, por el contrario, de respuestas diferentes, adaptadas a cada caso? (Laurent, 2013, p.12)

Desde la práctica analítica se abre paso a la singularidad de cada sujeto, al caso *por caso*. Desde esta praxis el autismo se piensa como un funcionamiento subjetivo singular,

una *contingencia*. (Tendlarz, 2014). Siguiendo esta línea y retomando la hipótesis planteada en la introducción “¿Se puede pensar, desde el psicoanálisis, *el* autismo?” se puede añadir que no hay un modo de funcionamiento, un mecanismo general que pueda definirlo y, consecuentemente, definir su tratamiento. Y hacerlo implicaría coagular el sentido de todo aquello que responde al devenir subjetivo, a lo impredecible, a la contingencia que supone la experiencia misma de vivir, única de cada sujeto. Implicaría no habilitar un espacio posible para que emerge *alguien*, un sujeto, y *algún lugar* habitable para el mismo.

Se sostiene la convicción de que el tratamiento psicoanalítico es una apuesta por el sujeto, es poder ir un poquito *más allá* de las expectativas que supone el diagnóstico, para tratar el sufrimiento, lo cual posibilita advertir en los detalles de cada uno, valorando lo singular en los síntomas de cada sujeto; abriendo a una escucha que permita alojar al sujeto en un discurso que habilite mayores posibilidades de constitución. (Yahdjia, 2011).

6

“Si usted siente distancia, no se equivoque, es real” expresa Donna (2015), lo cual permite pensar acerca del *mundo* y lo que ella denomina *mi mundo*. No se puede eludir esta distinción, presente en ambas de sus obras bibliográficas, tampoco puede eliminarse esta diferencia, hacerlo implicaría negarla, y por lo tanto, negar, en algún punto, al sujeto que se encuentra allí. Desde muchas perspectivas (clínicas, cognitivas, conductuales, etc) en pos del bienestar del sujeto, se intenta normalizar, corregir, adaptar al sujeto que padece, a aquello considerado socialmente *normal*. Se desestima su malestar, se borra a quien allí se esconde, se defiende, se protege. “(...)si hubieran podido utilizar una palanca para abrir a la fuerza su alma y verter el mundo allí dentro, lo hubieran hecho(...)” (Williams, 2012, p. 38).

Tanto para las personas autistas como para sus padres, resulta crucial mantener una pluralidad de planteamientos, así como interlocutores provenientes de horizontes múltiples. La piedra angular de esta batalla es permitir que cada niño elabore, con sus padres, un camino propio, para proseguirlo después en la edad adulta. Y ello teniendo en cuenta la asombrosa variedad de síntomas que cubre el llamado “espectro autístico”. Se trata, pues, de una batalla por la diversidad. (Laurent, 2013, p. 13).

Se trae a colación la definición que regala Donna Williams (2015) sobre lo que es para ella el autismo:

Mis dificultades me dejaban lisiada y me ataban por dentro. El autismo me tuvo en su jaula desde que tuve conciencia. El autismo había estado ahí antes que el pensamiento, así que mis primeros pensamientos eran solo automáticos, repeticiones en espejo de los de los demás. El autismo había estado ahí antes que el sonido, así que mis primeras palabras eran ecos sin sentido de las conversaciones a mi alrededor (...) El autismo había estado ahí antes que yo conociera un deseo propio, así que mis primeros deseos eran copia de aquellos percibidos en otros (...) Nada estaba conectado con el yo. Sin las más mínimas bases de yo (...) Estaba en un estado de alienación total. Esto, para mi, era el autismo. (p.15).

Donna cuenta la experiencia de una niña que fue diagnosticada con psicosis en un primer momento, y años más tarde de autista. Ella habla *del mundo* y *mi mundo*, marca un adentro y un afuera que no pueden encontrarse, que no pueden coincidir, y que paradójicamente, tampoco pueden separarse. Un afuera que angustia, y que la expulsa, y un adentro acogedor pero insuficiente, lo que lleva a pensar sobre cómo viven, sienten, piensan los sujetos con predominancia autística en *el mundo*. Un mundo en el cual habitan imperativos de normalidad en los cuales estos quedan por fuera de la norma.

Pese a que dichos sujetos aparezcan a los ojos de los otros como movidos por, en palabras de Tustin (1989), un *enfoscamiento primario* y absoluto, acompañado de una desesperanza sombría, no se puede eludir que es un sujeto que tiene algo que decir. Es un sujeto que vive y se debate en un mundo de lenguaje que le resulta tan inhóspito como a

veces indiferente, pero que tiene sus leyes propias, leyes que debemos aprender a descifrar en cada caso. "(...) de lo que se trata es de estar atento a las resonancias semánticas, a los sentidos y sinsentidos que atraviesan cada acto, cada momento de la vida del sujeto con autismo". (Bassols, 2015, p.4).

Pensar al autismo en términos de carencia, de deficiencia, en términos definidos por los parámetros establecidos como normales, limita la lectura que nos acerca al padecimiento, y niega el esfuerzo que dichos sujetos hacen constantemente para defenderse del mundo, que se presenta tan hostil y amenazante. Cierra la posibilidad de darle lugar a lo que los sujetos que padecen tienen para decir. Lo que aquí surge a modo de pregunta, es si dentro de la pluralidad de voces que se escuchan hablando del padecimiento se incluyen las voces de quienes viven con ello, de quienes efectivamente sufren.

Necesitaba un valor increíble para buscarme un público y hablar sobre algo que me interesara. Esto me hacía dolorosamente vulnerable: expresaba algo sobre mi propia personalidad e identidad. El miedo que esto me inspiraba simplemente no me habría permitido expresar nada personal de ningún otro modo. (Williams, 2015, p. 68).

7

La constitución del yo y el cuerpo en sujetos con predominancia autística

Voy de lugar en lugar, una vida de rostros sin nombre, buscando algún sitio que pueda llamar mi casa, sigo moviéndome sin parar: pero no di con él y esa sensación es lo que permaneció. Sin saber quien solía ser yo, miro en el espejo, en la cara que me devuelve la mirada veo... <<No se. ¿Quién soy yo?>> (Williams, 2015, p.113).

¿Cómo pensamos la constitución del Yo, y por ende, de un cuerpo, en sujetos con predominancia autística? Este interrogante lleva a preguntarnos por las primeras experiencias de los sujetos.

Se afirma que el advenimiento del niño al mundo es acompañado por sensaciones corporales que se asemejan a una caída catastrófica. Las primeras experiencias del recién nacido tienen efectos de derramamiento, de ser reducido a la nada, dichas sensaciones se atenúan si hay alguien disponible para recibirlas y dar respuesta, confianza, tranquilidad. Es decir, estas pueden ser estabilizadas por la recepción transformadora de, en palabras de Donald Winnicott, la *preocupación materna*, que habilita un salto espacial, que no es sin efectos. La mirada, el contacto, el recibimiento de este sujeto en sus primeros momentos de vida tiene efectos subjetivos por lo cual no se pueden eludir si lo que está en juego es el interrogante por la constitución de un cuerpo, de un Yo.

Entre las hipótesis que permiten pensar, lo que podría ser el punto de partida del autismo, se trae a colación aquella planteada por Tustin (1989) que supone una reacción del niño ante la separación corporal con la madre dadora de sensaciones, vivenciado como un shock: como si hubieran sido desgajados uno del otro con violencia y lastimados. Antes que el niño pueda interiorizar y elaborar la experiencia psíquica de la *madre amamantadora*, y el sentimiento seguro de 'continuidad de existir' que ello conlleva, los niños con predominancia autística "son asediados por terrores tan elementales como los de disgregarse, 'caer en un abismo'(...), estrellarse con daño, esparcirse, explotar, perder el hilo de la continuidad que garantiza su existencia" (p. 30).

El sujeto al nacer debe advenir a un lugar en la historia de ese Otro, cuando el niño

queda a la deriva, cuando no hay un Otro disponible para alojarlo, un Otro en donde apaciguar esos sentimientos de *caída*, de catástrofe, se ponen en marcha, en el mejor de los casos, las defensas autistas. “(...)a través de relatos y juegos sobre vivencias corporales, en el tratamiento con niños llamados autistas, los niños dicen derramarse y/o perderse en un torbellino que los absorbe o caerse en un precipicio sin fin” (Huberman, 2015, p. 42).

Entendiendo, como se expresó anteriormente, que en los primeros tiempos de la vida el cuerpo comienza a ser moldeado por Otro, resulta pertinente situar el lugar privilegiado que le atañe a éste en tanto subjetivante y constitutivo para el niño, su yo y su cuerpo. En este punto se trae a colación, para pensar, el mito de Narciso, un sujeto que se hunde en su reflejo, en su propia imagen. Este mito resulta pertinente para pensar la imposibilidad de ser sin el Otro, quien habilitará o no, mediante su mirada, su voz, su rostro, la existencia del sujeto.

No puede pensarse la constitución subjetiva si no es desde una exterioridad, exterioridad social, que aparece en un lugar fundante. Todo sujeto requiere de una exterioridad para reconocerse ya que es éste el que le da al niño su estatuto de ser. (Zardel Jacobo, 2016). Es este Otro, al decir de Bruno Bettelheim (1981), quien nos humaniza. Radica aquí la importancia de que haya alguien disponible, que le permita al niño, en sus primeros momentos reconocerse en él, identificarse, lo que no es sin amor.

8

(...)y oír el sonido de la gente, sin miedo, decir en sus propias palabras que está agradecida, y sentir en el corazón alguna seguridad que buscaba, es un regalo. ¿Qué mejor regalo hay que darle a alguien un yo? (Williams, 2015, p.120).

Jacques Lacan (1993) propone como el mecanismo fundamental para la constitución del yo, la vivencia del Estadio del Espejo: momento en el que el yo se constituye sobre el modelo de la imagen especular del cuerpo unificado, brindada por un Otro. ‘Brindada por un Otro’ dicha expresión da indicios sobre la matriz simbólica sin la cual no podría lograrse la unificación, es decir, tiene que aparecer allí alguien, que le indique al sujeto niño: *ese sos vos*. Es decir, que le devuelva la imagen que ve en el espejo, a modo de un cuerpo unificado. Anterior a esto el niño vivencia un cuerpo fragmentado, un cuerpo que no lo contiene. Se puede pensar en este punto, que el encuentro con ese Otro que le indica “*sos vos*” falla en los sujetos con predominancia autística, es un *des-encuentro* con la mirada, con la voz de ese Otro, que no concluye en una *imagen jubilosa*, diría Lacan (1993).

En el autismo se piensa al cuerpo como un cuerpo sin borde, o un borde carente de agujero, sin contención; se podría decir, un cuerpo *desbordado*, como un espacio imposible de delimitar, que empuja al sujeto, muchas veces, a una búsqueda desesperada por alojar su cuerpo en este espacio insoportablemente indiferenciado (Bassols, 2015). Al respecto Donna Williams (2015) expresa: “Había decidido que mi cuerpo no me pertenecía. Lo sentía como algo separado de mi, entumecido; mis ojos contemplaban la nada y mi mente viajaba a miles de kilómetros de distancia” (p.105). ‘Mi cuerpo no me pertenecía’, en este punto se puede pensar que hay efectivamente un cuerpo, pero un cuerpo que no se vuelve habitable para el sujeto; un cuerpo invadido y paradójicamente vacío, donde todo lo penetra, lo atraviesa sin permiso, pero sin embargo no hay nadie ni nada allí. ¿Y nunca habrá? es el interrogante que se intenta desmembrar en el siguiente escrito, y ello no es sin priorizar los intereses de cada sujeto.

En el intento de armarse un cuerpo, más bien, un borde que atenúe el choque de los estímulos y los ruidos constantes que provienen *del mundo*, se realizan, dirá Laurent (2013) costuras particulares del espacio, enganches que intentan suplir la ausencia de imagen del cuerpo, que intentan reducir la experiencia de derramamiento, de caída.

La inexistencia del borde del agujero no es sino el redoblamiento de la inexistencia del propio cuerpo o, ya que un cuerpo solo existe si un objeto puede separarse de él- lo cual supone el sostén de la mirada del Otro, que otorga un cuerpo y le da una consistencia. Cuando esto no se

produce, cuando las miradas 'no se cruzan', la experiencia del espejo se reduce a la del doble. (Laurent, 2013, p. 102).

"(...)Willie era un académico. Carol era un repertorio de habilidades sociales almacenadas. ¿Quién diablos sería yo?" (Williams, 2012, p.32) Donna afirma que fueron dichos personajes, creados por ella misma, con quienes se encontraba a diario en el espejo, quienes la habían salvado en innumerables ocasiones de *la gran nada negra*. Encuentra en esos dobles personajes que hacen de soporte de la enunciación, que apaciguan la angustia, es a ellos a quienes le cede en reiteradas ocasiones las respuestas que esperan los demás. "(...) es un doble real apaciguante a quien se dirige y se vuelve parte de su borde autista" (Tendlarz, 2015, p. 628).

El exterior se vuelve invasivo, aturdidor, avasallante, *enemigo*, y frente a ello, el sujeto con predominancia autística se defiende; es por ello que el autismo desde el siguiente escrito no se piensa como un déficit sino más bien como un trabajo, un esfuerzo constante por no ser destruido por el afuera. Los ruidos, el contacto físico, y los estímulos provenientes *del mundo* en muchas ocasiones son vividos como una amenaza, como un *infierno sensorial*. (Williams, 2012).

Me sentía segura en mi mundo y odiaba todo lo que intentara sacarme de allí. No necesitaba ningún rescate que viniera del cielo de la muerte viviente. Sin motivación, hubiera permanecido allí. Las personas, por más buenas que fuesen, no tenían oportunidad de competir. Mi reflejo en el espejo, con su total predictibilidad y familiaridad, fue la única persona que se me acercó. Yo miraba sus ojos. Intentaba tocar su cabello. Más tarde, me hablaba. Pero ella estaba ahí metida

9

para siempre al otro lado del espejo y yo no podía entrar. No la culpaba: a este lado todo era un asco. (Williams, 2012, p.114).

Donald Woods Winnicott (1979) por su parte, invita a considerar una fase anterior al estadio el espejo. Plantea un estadio anterior como primer espejo, que es el rostro de la madre y las reacciones del entorno, en el que se refleja el niño constituyendo el Sí-mismo. Es a partir de la lectura que hace el sujeto niño del rostro del Otro, presente en sus primeros momentos de vida, que va a constituir su propio rostro. El armado del mismo se piensa, desde este punto, como parte de la constitución subjetiva atravesada por el Otro, y como una instancia, a su vez, del armado de cuerpo.

Siguiendo esta línea David Le Breton (2010) aporta desde su perspectiva que el rostro se ubica en el lugar del otro, el rostro nace en el corazón del lazo social. Nace, en un primer momento, en el encuentro con la madre y se continua en innumerables cara a cara que se entablan en la vida cotidiana. Continuando con las teorizaciones que el autor ofrece se afirma que los afectos que atraviesan al sujeto se inscriben en todas las partes del cuerpo. Si los afectos se inscriben en el cuerpo, y si, se puede decir, estos permiten la comunicación con otros, "...un inmenso campo de expresión es susceptible de acoger toda una gama de afectos en un mismo rostro, de traducirlo a los ojos de los otros, de hacerlos comprensibles y comunicable." (p.91)

Es en este sentido que el autor entiende el rostro del niño autista como un rostro sin la consistencia del Otro, dejando por fuera la idea de un rostro inerte. Si tanto la simbología del rostro como del cuerpo se constituye mediante un proceso identificatorio, en un lazo con el Otro y, entendiendo que en sujetos con predominancia autística el mismo se encuentra, en la mayoría de los casos, dificultado ¿cómo pensar la constitución del rostro en esas coordenadas? ¿Cómo pensamos un rostro, un cuerpo, cuando no hay *nadie en ningún lugar*? ¿Qué operaciones subjetivantes abren paso para que pueda ubicarse *alguien en algún lugar*? "Sus ojos azules cristalinos miraban fijamente la nada, su rostro era totalmente inexpresivo y había una inquietante sonrisa muerta congelada en su rostro (...) Un maestro en el arte de no ser." (Williams, 2012, p.37)

Para aproximar una respuesta resulta pertinente dar lugar aquí a un psicólogo, filósofo y psicoanalista francés, Didier Anzieu, quien permite pensar en esos primeros momentos y funciones del Otro para el sujeto. En su escrito “El Yo-piel” (2007) introduce la existencia de un espejo sonoro o de una piel audiofónica anterior a los momentos constitutivos del yo planteados por Lacan y Winnicott en párrafos anteriores.

Anzieu (2007) sostiene que simultáneamente a la experiencia de la lactancia comienzan a prefigurar los esbozos del Sí-mismo que se va a ir conformando como una envoltura sonora mediante la introyección del universo de sonidos, emitidos tanto por el bebé como por el entorno. La estructuración del Sí-mismo no podría ser pensada sin dichas sensaciones auditivas que ponen a disposición del niño, el “espejo sonoro”, a los fines de reforzar su Sí-mismo y bosquejar su Yo. Al decir de Anzieu (2007), el espacio sonoro es el primer espacio psíquico y para explicarlo hace alusión a una metáfora: la caverna sonora, de ecos y resonancias, un espacio hueco y protegido sin por ello estar herméticamente cerrado. Dicha envoltura sonora habilita el establecimiento, en los orígenes, de la frontera entre el Sí- mismo y el entorno, lo mío y lo no familiar, *el mundo* y *mi mundo* expresaría Donna (2015). Ese “no estar herméticamente cerrado” es lo que permite pensar una fisura por donde se respira, para no ahogarse, es lo que no sucede en el mito de Narciso, y es lo que habilita una relación posible, soportable, con el mundo y con los otros.

Hablar: un acontecimiento del cuerpo

“Es como si yo fuera una persona emocionalmente avara y las palabras no

10

debieran escaparse de mis labios(....)”.
(Williams, 2015, p. 68).

En términos psicoanalíticos, se puede afirmar que es el golpe de la lengua en el cuerpo lo que produce una herida, deja una marca, lo que imposibilita la complementariedad con el otro, hacer de dos, uno. (Kohan, 2020). Es este golpe, que agujerea, que hace que haya un *yo*, y haya un *tú*, el que también permite que el *tú* no aplaste al *yo*. Ni lo rebase. Y es siguiendo esta línea que se puede conjeturar que en los sujetos con predominancia autística la lengua no golpeó, no llegó a dejar marca, no agujero al cuerpo, no hizo borde, barrera, que le permita al sujeto diferenciar un adentro y un afuera, que le permita *ser* en el mundo sin sentirse arrasado por éste.

Percibí una voz, o mejor el murmullo de un millón de voces. El tumulto de un pueblo entero pronunciando palabras increíbles, incomprensibles, (...)el sonido nos acosa en sucesivas olas, arremolineantes. (...)Bella metáfora de una materia sonora extraña al cuerpo vivido, que se entretiene por su propia y vana compulsión de repetición, recuerdo ante histórico y amenaza mortal de una mortaja audiofónica desplegada en andrajos, que no envuelve y no retiene ya ni la vida psíquica ni el sentido en el Sí-mismo. (Anzieu, 2007, p. 187).

En este punto y retomando lo dicho anteriormente, si se nombran sensaciones auditivas no se puede dejar por fuera, en los orígenes, el lugar fundante, subjetivante de la voz materna y su melodía. Siguiendo esta línea, en el marco del curso del 2° cuatrimestre del Erinda, la psicoanalista María del Carmen Arias (2019), invita a pensar la importancia de la lengua materna, la transmisión que alguien de la familia, que el Otro, hace de ella, y los posterior efectos que tienen en el *parletre*. Maria trae a colación a Jacques Allan Miller,

quien afirma que “(...)la lengua absorbe lo que se dice y el niño aprende la lengua de los parientes cercanos. La mirada y la voz de otro son pulsiones que resultan decisivas en la infancia. Su presencia o ausencia producen consecuencias” (p. 8)

Desde antes de que el niño *caiga* al mundo como tal, este percibe ya los sonidos que provienen del mundo exterior. Yace aquí la importancia de hablar del niño y con el niño, desde su conformación fetal, que va marcando la situación deseante de su madre/padre/tutor, que promueven un espacio disponible para aquel cuando efectivamente llegue al mundo real. Anzieu (2007) ubica entre los defectos del espejo sonoro patógeno: su discordancia, su brusquedad y su impersonalidad. Con respecto a este último plantea que tanto el espejo sonoro, como más tarde el espejo visual, son estructurantes para el Sí-mismo, y luego para el yo, solo a condición de que la madre, quien cumpla dicha función, exprese al niño, algo de ella y de él a la vez.

La propuesta de Didier Anzieu (2007) permite pensar sobre la importancia de ser hablado, de ocupar un espacio en el discurso del Otro u otros, desde antes del nacimiento. La importancia de ser nombrado, pensado, imaginado, deseado ¿No abre este habla un espacio para que el sujeto pueda advenir? ¿Que es sino una expresión de deseo, la elección de un nombre propio, los susurros a la panza, las canciones dedicadas? Ser hablado para posteriormente hablar, y ser deseado para desear. No se puede pensar nada de ello sin un otro auxiliar que esté allí presente, que prepare el campo para que puedan desplegarse un sinfín de identificaciones que van a abrirle paso a un sujeto, un sujeto del habla, un sujeto atravesado por el lenguaje, un cuerpo marcado.

No es en este punto la intención buscar responsables que den cuenta de la conformación subjetiva de quienes padecen de autismo, sino indagar acerca de aquellos momentos primordiales en donde ciertas operatorias subjetivantes no encontraron lugar, para desde allí pensar un posible mapa de tratamiento que intente, en la medida de lo posible, hacer algo con ello. La asunción del “yo soy” no es sin estas operatorias deseantes que vienen de un Otro.

(...)no se trata tanto de lo perturbada que puedan estar las relaciones del sujeto con el mundo que lo rodea, sino de su posición respecto el lenguaje. (...)lo primero a evaluar al respecto es si la

11

relación con el lenguaje lo divide o no como sujeto: es decir, si responde a la estructura del sujeto dividido por el significante, o se trata de un sujeto monolítico, organizado por la holofrase. (Peusner, 2018, p.53).

En cuanto a la posición de los sujetos con predominancia autística con respecto al lenguaje, si bien algunos de ellos hablan, se puede conjeturar que no hay un sujeto implicado allí, un sujeto de la enunciación. Es decir, responden a las reglas del lenguaje, pero dichas reglas están separadas de cualquier relación que éste pueda tener con el cuerpo. En tanto hablar es un acto del cuerpo, lo implica, no puede pensarse el habla sin éste. (Laurent, 2012)

Hablar, se entiende desde quien escribe como un acto que supone dejar ir algo de uno, para que lo reciba otro, implica que se desprendan palabras del cuerpo. Hablar es perder algo, es donar, es dar. En el autismo, este *perder algo* resulta angustiante. En ocasiones, el mutismo, a veces característico de este diagnóstico, se puede pensar como una defensa, como una protección frente a esta sensación de angustia que generaría desprender palabras del cuerpo. Maria Rhode (2013) sostiene la posibilidad de pensar la voz y los órganos de la boca como objetos autísticos. Dejar escapar palabras de su boca es sentido por el niño como una pérdida de una parte de su cuerpo ya que las palabras no valdrían tanto por su valor simbólico, como sí por las vibraciones y sensaciones que producen en el cuerpo.

La imposibilidad de desprender palabras de su cuerpo, de separarlas, también se desplazan a las dificultades, a las perturbaciones que vivencian muchos sujetos llamados

autistas en lo que al contacto físico respecta. Que haya un contacto implica que luego debe haber una separación, la cual, se puede conjeturar, remite a la separación primordial el niño, del cuerpo de la madre al nacer, y que, como se expresó párrafos más arriba, se vivencia como una caída catastrófica, que debe ser transformada por alguien dispuesto a recepcionar y apaciguar el sentimiento. Se puede hipotetizar que en el autismo dicha respuesta falla, por lo cual se repiten esas sensaciones en cada vivencia que implique separación. “Había algo sobrecogedor que siempre me parecía demasiado apabullante cuando cedía al contacto físico. Era la amenaza de perder todo sentido de separación entre mi misma y la otra persona(...)el miedo al tacto era como el miedo a la muerte”. (Williams, 2015, p.151).

Frente a dichas adversidades en los tiempos fundantes, se puede pensar que los sujetos con predominancia autística construye una simbología propia que, si bien está por fuera de los ritos compartidos socialmente, no es sin sentido, "Una fachada hecha de retazos, condenada a vivir la vida al modo de una criatura de el mundo". (Williams, 2012, p. 16). Estos ritos íntimos, aparecerán abiertos a la mirada del otro, en tanto se los lea como pasibles de ser descifrados. Le Breton (2010) apuesta a la posibilidad, desde un largo y lento trabajo de acercamiento, de que los ritos íntimos comiencen a descuidarse y transformarse en una apertura al mundo, que lo lleve al sujeto a soportar la mirada del otro, a admitir el encuentro, pero ello no es sin su consentimiento, no es sin dichos sujetos y sus términos y condiciones.

Sus comportamientos, posturas, gestos o mímicas dan cuenta un modo íntimo de vivir y situarse ante otro ¿Se puede pensar que constituyen ritos de separación más que de relación, en tanto la presencia del otro se manifiesta de manera intrusiva, disruptiva?

"(...)pero las ventanas de mi mundo se habían roto y quedé crudamente expuesta al enemigo" (Williams, 2012, p. 16).

Cada uno de estos niños habla un idioma corporal que sólo tiene sentido para él (...) atraen sus manos sobre la boca y los ojos como para prolongar con una segunda piel un rostro demasiado expuesto, temiendo la exposición al desnudo que la mirada de otro opera. (Le Breton, 2010, p.115).

Se puede pensar a partir de las lecturas hechas que, a modo de recurso paradójico para evitar al otro, no ser penetrado por él, tamizan los estímulos provenientes de su entorno. Su

12

rostro no señala en absoluto un déficit, sino que se presenta como un medio del cual se sirve el sujeto para traducir, a su manera, sus miedos, angustias, rechazos, desconfianza, como así también sus conveniencias, su apertura al otro...

Los objetos autistas: las invenciones singulares

“Hablar a través de objetos era mi fuerte. Cuando hacía que mis palabras fueran materiales y concretas, no caían vacías al suelo”. (Williams, 2012, p.152).

Se sostiene que frente a esta situación que se produce en los primeros encuentros con el Otro, el niño, busca resarcirse taponando ese hiato irremediable que lo separa de la madre, quien ocupe ese lugar, a los fines de no experimentar lo insoportable. A dicho lugar advienen los llamados por Frances Tustin (1989), “objetos autistas”, *objetos pura sensación*.

La elección de dichos objetos, peculiares para cada niño, depende de las sensaciones auto-engendradas a partir de ellos, caracterizadas por su disponibilidad y predecibilidad y, las más de las veces, su dureza le dan la impresión al niño, de bastarse por sí mismo y de ser invulnerable. Se los utiliza de una manera en extremo canalizada, repetitiva; no valen, al decir de Jean Claude Maleval (2014), por lo que representan, sino más bien por su aspecto concreto. En este sentido, la psicoanalista británica pone de relieve la promiscuidad de su uso, “si un objeto autista se ha perdido, el niño queda atribulado como si hubiera perdido una parte de su cuerpo, pero el objeto pronto es reemplazado por otro que se experimenta como si fuera el mismo” (Tustin, 1989, p. 112). Es mediante estos objetos, o invenciones que ocupan dicho lugar, que los sujetos denominados autistas van a procurarse un puente con el mundo exterior. Por lo cual, no se puede pensar una práctica o una intervención que no tome en cuenta estos objetos que las más de las veces hacen de auxiliares, de caparazón, o bien podría decirse, de envoltura ante la falta de un borde, para estos niños.

El uso de los objetos autistas es lo que les recompone parte del sentimiento de la ‘continuidad de existir’. Tienen como propósito procurar seguridad frente a un mundo que les despierta un terror inefable; se les presenta como enemigo, hostil, del cual parten amenazas de ataque corporal que podrían culminar en una aniquilación total. “<<Mi mundo> puede haber sido solitario pero era predecible y contenía garantías”. (Williams, 2015, p.87).

Como ya se expresó párrafos anteriores, en el presente escrito, lejos de concebir el autismo en términos de déficit, se entiende al mismo como un trabajo constante, compulsivo, del sujeto, de crearse y recrearse para no perderse. A partir de las lecturas realizadas surgen interrogantes propios, tales como ¿No implicaría el uso obsesivo de los objetos un intento de armarse un cuerpo?, ¿un modo de traer a escena una y otra vez aquella primera pérdida intolerable, aquella separación de quien ocupe la función materna, vivida como una pérdida del propio cuerpo, a los fines de repararla y así repararse?

Cabe aclarar aquí que la invención y aquello que tome el lugar del objeto en dichos niños va a responder a las contingencias de la historia que acarree cada uno, por lo tanto no se puede perder de vista aquí la singularidad que le atañe a estos. Y es desde dicha singularidad que se entiende entonces, la elección de aquel objeto, que va a hacer a veces de cuerpo, a veces de puente con el exterior, a veces de caparazón, e incluso, a veces de Otro, posibilitando que aparezca, allí donde no había nadie, *alguien en algún lugar*.

Reflexión

(...)el mejor libro que Donna Williams hubiera podido encontrar era precisamente el que ella misma ha escrito, el que ella misma tuvo que escribir para dar un lugar a su palabra y a su dignidad de sujeto. Y todo ello para que finalmente exista alguien en algún lugar. (Bassols, 2015, p.254).

Entendiendo que el recorrido de un trabajo siempre será un recorte, dado lo inabarcable y singular de cada experiencia del vivir y en miras de dar cuenta de un posible punto de

llegada, se considera pertinente ubicar que hay una distancia entre lo que se dice de un sujeto con predominancia autística y lo que el sujeto necesita que el otro sepa de él para acercarse, para que su presencia no sea invasiva, ni su ausencia desgarradora...

“Aunque las palabras no eran un problema, la expectativa que tenían los demás de que yo les respondiera sí lo era” (Williams, 2015, p.15).

Actualmente el autismo, como entidad nosográfica, es denominado en el DSM (Manual de Diagnóstico) como T.E.A (Trastorno del Espectro Autista), donde el mismo aparece conteniendo varios puntos característicos que definirían y le permitirían a un profesional ubicar un sujeto bajo el trastorno. Lo que aquí se intenta visibilizar es que ello no es sin consecuencias. Si bien, no se descarta el uso del diagnóstico, si se utiliza como eje que permite trazar un *posible* mapa de tratamiento, que brinda ciertas coordenadas que guían al profesional, sin por ello coagular todo el sentido allí. Es decir, se refiere aquí al uso del diagnóstico como una forma de comenzar a leer ciertas problemáticas que trae el sujeto; formas de lecturas que van cambiando, que se adaptan y adoptan priorizando siempre la historia en la cual se encuentra ese niño, que está padeciendo *algo*, lo que no es sin la escucha. ¿Qué padece? ¿Cómo padece? No se puede descifrar en un Manual.

El uso del diagnóstico *sin más*, el uso y abuso se podría decir, y su proliferación en distintos ámbitos, en muchas ocasiones pierden de vista el sujeto, su subjetividad y singularidad, que le son inherentes. Bajo un rótulo se objetivan padecimientos, experiencias, circunstancias. En este punto y entendiendo que a un diagnóstico le subyacen expectativas, ¿cómo incidirán las mismas en la constitución subjetiva del niño?

Se esperaba que, después de veintidós años, Robbie captará el sistema y lo hiciera por sí mismo. Era igualmente probable que él ya hubiera desarrollado otro sistema que ellos mismos le habían enseñado: vivir con unas expectativas increíblemente bajas. (Williams, 2012, p.35).

En dichas “condenas” emitidas en varios casos por profesionales, el sujeto corre el peligro de desaparecer “(...) bajo el ropaje de la locura para convertirse para siempre en el objeto del cual se habla, del cual se goza y del que se dispone” (Maud Mannoni, 2004, p. 50).

En cuanto a lo que el niño, necesita que el otro sepa de él para acercarse, no se pueden eludir los meandros de su propia historia, como tampoco la forma particular que encuentra de acomodarse a la vida. "Había un desgarramiento en el centro de mi alma. Que yo maltratara mi cuerpo era signo externo del terremoto que nadie veía. Era como un aparato eléctrico sometido a una subida de voltaje". (Williams, 2012 p. 38).

Una mirada indiferente, apresurada, que lee al autismo en términos de carencia, hallará no más que obstáculos en el camino que lo llevaría al encuentro con el niño perdiendo de vista el *infierno sensorial* (Williams, 2012) en el que muchas veces queda capturado.

(...)ellos bombardearon su espacio personal con sus cuerpos, su respiración, su olor, su risa, sus movimientos y su ruido. Casi maníacos, hacían sonar matracas y sacudían cosas frente a la

14

niña como un par de brujos entusiastas que esperaban romper el hechizo del autismo.(Williams, 2012, p.38).

¿Se puede, entonces, hablar de *un* autismo? Frente a la hipótesis planteada en la introducción se arriba a la conclusión de que hay tantos modos de ser autista como sujetos padeciendo autismo en el mundo. Mantener viva la curiosidad acerca de cómo un niño con predominancia autística habita su cuerpo, el mundo, su mundo, quizás sea la forma de que en ese camino de desencuentros producido en los tiempos primordiales, suceda lo inesperado del encuentro: el encuentro con un Yo, el encuentro con un lugar disponible para un Yo, que aparezca *alguien en algún lugar*...

Referencias Bibliográficas

- Anzieu, D. (1974). *El yo-piel*. Bs As: Ed. Paidós.
- Bassols, M. (2015). *El autismo sin marcadores* recuperado de http://www.eol.org.ar/template.asp?Sec=publicaciones&SubSec=on_line&File=on_line/Miquel-Bassols/El-autismo-sin-marcadores.html

- Bettelheim, B. (1981). *La fortaleza vacía*. Barcelona: Ed. Lai.
- Evans, Dylan (1996). *Diccionario introductorio de psicoanálisis lacaniano*. Trad. Jorge Piatigorsky. Editorial Paidós. 4.ª ed. Buenos Aires, 2007.
- Jerusalinsky, A. (2010). *Psicoanálisis en problemas del desarrollo infantil*. Bs As: Ed. Nueva Visión.
- Kohan, A. (2020). *Y sin embargo el amor*. Bs As: Ed. Paidós.
- Le Breton, D. (2010). *Rostros*. Bs As: Ed. Letra Viva.
- Lefort, R. et R. (2017). *A distinção do autismo*. Traducción de Ana Lydia Santiago e Cristina Vidigal. Belo Horizonte, Relicário.
- Maleval, J.C. (2014). *Clinica del Especto Autista* recuperado de <http://nel-medellin.org/clinica-del-especto-autista-primera-parte-jean-claude-maleval>
- Maleval, J. C. (2011). *El autista y su voz*. Madrid, España: Ed. Gredos. ➤
- Mannoni, M. (2004) *El psiquiatra, su loca y el psicoanálisis*. Bs As: Ed. Siglo XXI. ➤
- Lacan J. (2009). *El estadio del espejo como formador de la función del yo [je] tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica*. En *Escritos I* México: Siglo Veintiuno.
- Rhode, M. (2013) *El aspecto corporal del lenguaje en el niño autista* recuperado de www.controversiasonline.org.ar/dossier/RHODE.pdf
- Tendlarz, Silvia (2015) *VII Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología XXII. Jornadas de Investigación XI. Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR*. Facultad de Psicología. Universidad de Buenos Aires. Bs As.
- Tustin, F. (1989) *Barreras autistas en pacientes neuróticos*. Bs As: Ed Amorrortu
- Winnicott, D. (1979) *Papel de espejo de la madre y la familia en el desarrollo del niño*. En *Realidad y juego*. Barcelona: Gedisa.
- Williams, D. (2012). *Alguien en algún lugar*. Barcelona: Ed. N.E.D.
- Williams, D. (2015). *Nadie en Ningún lugar*. Barcelona: Ed. N.E.D.